

Antiamericanismos

Claudio Véliz

El concepto de “antiamericanismo” está más estrechamente emparentado con la falacia antropomórfica que con la metáfora, puesto que atribuye al Estado-nación sentimientos, actitudes, afectos y suspicacias privativas de la persona humana. La experiencia histórica indica que es imprudente fundamentar la política exterior sobre tales falacias, sin embargo, algunos casos, como el del auge antiamericanista en los estratos altos de la sociedad europea, presentan características que merecen estudio. Desde luego este antiamericanismo sugiere una variación sobre el tema del radical chic neoyorquino de la década de 1960 y justifica la denominación del “chic antiamericano”, cuyas causas podrían responder menos a problemas contingentes que a factores de larga duración tales como el antisemitismo latente, la proeza militar comparativa, y el rechazo al mal gusto y la abrumadora vulgaridad de la avalancha cultural generada por una modernidad industrial inevitablemente identificable con la primera clase trabajadora realmente próspera de la historia. Una consecuencia no anticipada de este proceso ha sido la unión del rechazo a los Estados Unidos que sobrevivió el derrumbe del comunismo, con el chic antiamericanista hoy tan de moda en los salones europeos.

Esta unión se ha forjado en el convencimiento de que los Estados Unidos en particular, y el mundo de habla inglesa en general, son responsables de la destrucción de la comunidad tradicional y todos sus valores. No obstante, el interés considerable que estos procesos tienen para los estudiosos de la sociedad, su importancia en la conducción de la política exterior, es decididamente marginal.

Lo menos que se puede afirmar acerca de los antiamericanismos contemporáneos es que parecen estar ocupando un espacio creciente en el horizonte político de Europa occidental. Se justifica, por consiguiente, intentar un examen de sus posibles causas y relativa

importancia, tarea menos fácil de lo que parece y que a falta de un marco conceptual apropiado arriesga por terminar con un montoncito de anécdotas inconexas acerca de las cuales sería temerario generalizar o basar conclusiones serias. Más prometedor me parece acercarse al pro-

blema examinando el carácter pseudo-metafórico del antiamericanismo aplicado a la política de las naciones y, por otra parte, sus convincentes credenciales de falacia antropomórfica.

La metáfora ilumina, las falacias antropomórficas oscurecen.

La metáfora, tal como lo observó Aristóteles, fundamenta su luminosa eficacia en falsedades tan evidentes como decidoras. El insigne griego desechó su validez como herramienta filosófica porque exigía dar a las cosas nombres que no correspondían, algo que sigue vigente puesto que nos referimos sin vacilar al Tigre Clemenceau o al León de Tarapacá, sabiendo muy bien que ninguno de estos insignes estadistas tenía cola, pero sabiendo asimismo que tal uso metafórico cumple eficazmente con su tarea descriptiva. A primera vista, pareciera que esto es precisamente lo que se consigue utilizando lo que me parece prudente denominar falacias antropomórficas, pero la diferencia estriba en que la metáfora ilumina y estas otras oscurecen. La primera destaca lo esencial; la segunda crea confusión. En cuanto a su utilidad para facilitar la comprensión de la circunstancia política internacional, la falacia antropomórfica puede considerarse como metáfora fallida, puesto que pretende atribuir a la nación modernas cualidades que son privativas del individuo. Por consiguiente, se cae en la trampa de la falacia antropomórfica

cuando se habla de la férrea amistad que une a los países escandinavos, a Gran Bretaña con los Estados Unidos, o a Australia con Nueva Zelandia; o del antiamericanismo de Francia y Alemania o el proamericanismo de Polonia o Rumania. Las naciones no tienen y no pueden tener amigos, afectos, lealtades y suspicacias, *les nations n'ont pas de cousins*. Tales sentimientos fueron memorablemente expresados por Lord Palmerston en 1848, cuando explicó que Gran Bretaña no tenía ni amistades inquebrantables ni enemistades perpetuas, sino intereses que el buen gobierno en todo momento tiene la obligación de adelantar, actitud que, dejando la retórica, indudablemente preside sobre la política exterior de toda nación independiente¹. Cabe agregar que ni siquiera es necesario que estos intereses coincidan en ese preciso momento, con apoyo mayoritario de la opinión pública.

Los seres humanos tienen afectos, sospechas, lealtades y resquemores perfectamente comprensibles, y en la historia y la mitología no escasean episodios en que el amor o la amistad exigen incluso el último sacrificio, algo inconcebible en las relaciones entre naciones. Esto no quiere decir que las decisiones adoptadas en nombre del interés nacional sean invariablemente exitosas, sino sólo que los resultados de aquéllas, cuya única y principal justificación es una falacia antropomórfica, no han sido especialmente alentadores.

¹ Citado por Llewellyn Woodward, *The Age of Reform, 1815-1870*, Oxford University Press, Oxford, 1962, p. 225.

LA FALACIA ANTROPOMÓRFICA EN LA HISTORIA

La experiencia contemporánea es generosa en cuanto a ilustraciones de este último aserto². Considérese, por ejemplo, la reunión de jefes de Estado de los países escandinavos a comienzos de 1939, cuando se firmaron solemnes acuerdos de amistad, cooperación y defensa mutua que pasaron a ser letra muerta hacia fines del mismo año, cuando Finlandia, invadida por la Unión Soviética, pidió ayuda a la comunidad internacional y, muy especialmente, a sus hermanas escandinavas. Gran Bretaña y Francia ofrecieron enviar tropas y material de guerra que sólo podrían llegar a Finlandia cruzando los territorios de Noruega y Suecia, puesto que las rutas marítimas estaban bloqueadas por los hielos invernales, pero la ayuda no pudo concretarse porque ambas hermanas escandinavas le negaron el paso, estimando que sus respectivos intereses nacionales primaban sobre las obligaciones de la amistad con Finlandia³. Algo no muy diferente ocurrió cuando la Alemania de Hitler, con sus cárceles repletas de comu-

nistas, estimó que el interés nacional exigía abrazar a la Unión Soviética y firmó el conocido pacto nazi-soviético de no agresión, de agosto de 1939. Menos sombría, pero igualmente dramática, fue la oposición del gobierno estadounidense a la ocupación anglobritánica del Canal de Suez en 1956, en momentos en que la alianza atlántica no podía haber sido más estrecha, forjada en la experiencia victoriosa de dos guerras mundiales y reafirmada por las urgencias de la Guerra Fría.

El papel de Pakistán en el tema de los talibanes se afianzó por el fervor religioso, las afinidades políticas y el apoyo de la opinión pública.

Sin embargo, tanto el presidente Eisenhower como su secretario de Estado, John Foster Dulles, estimaron inconveniente para el interés nacional asociarse con la campaña anglofrancesa y sencillamente le negaron pública y totalmente su apoyo, en un episodio que no pocos autores británicos han descrito como una traición tan inmerecida como inesperada⁴.

² En la época dinástica del período anterior a la revolución industrial, las monarquías intentaron frecuentemente alianzas matrimoniales basadas en la convicción de que tales relaciones entre personas acarrearían consigo a sus respectivos reinos. Estas políticas empezaron a descalabrarse bajo el martillo de las tres grandes revoluciones del siglo dieciocho, la estadounidense, la industrial y la francesa, y el surgimiento del Estado-nación moderno. Napoleón sufrió una temprana advertencia de lo frágiles que pueden ser las estructuras construidas sobre falacias antropomórficas cuando su matrimonio con María Luisa no impidió que los ejércitos de su suegro ayudaran a derrotarle en Leipzig. El descalabro final de los antropomorfismos dinásticos se vio trágicamente ilustrado en 1914 cuando el hecho de ser primos no impidió que el Kaiser alemán, el Zar de Rusia y el Rey de Inglaterra se enfrentaran en la guerra más sanginaria de la historia.

³ Max Jacobson, *Finnish Neutrality, A Study of Finnish Foreign Policy Since the Second World War*, Londres, Hugh Evelyn, 1968, pp. 13-14.

⁴ Paul Johnson, *The Suez War*, Londres, MacGibbon and Kee, 1957.

Más recientemente, tenemos el caso de Pakistán, nación cuyo papel cuasiprogenitor del talibán afgano estaba afianzado por el fervor religioso, por afinidades políticas, por el apoyo abrumador de la opinión pública y también por intereses militares resultantes de las escaramuzas con India en el territorio de Cachemira. Sin embargo, enfrentado a la decisión estadounidense de invadir Afganistán, el gobierno pakistaní estimó que el interés nacional exigía romper con su vástago afgano y consolidar una alianza con los Estados Unidos.

Las presiones cronológicas no son necesariamente útiles para definir períodos históricos.

El hecho de ser una falacia antropomórfica y no una metáfora no descalifica al antiamericanismo como factor interesante en la vida cultural y política. Se justifica, por consiguiente, examinar los antecedentes del fenómeno, cuya existencia es indudable, antes de reflexionar acerca de su posible importancia en la conducción de los asuntos políticos entre las naciones.

Las presiones cronológicas no son necesariamente útiles cuando se trata de definir períodos históricos. El que el siglo diecinueve haya nacido en 1815 y recibido sus pompas fúnebres en 1914 es hoy un lugar común; igual destino parece

aguardar a nuestro siglo veintiuno, que indudablemente no nació en 2000 sino en 1989, cuando el derrumbe mundial del comunismo marcó el fin de la Guerra Fría y el desencadenamiento de la paradójica orgía antiamericanista que ha mantenido entretenidos a tantos políticos y periodistas durante esta última década⁵. Es comprensible que para el político y el periodista prime lo contingente, lo inmediato, lo que percibe, comprende, apoya o rechaza cualquier vecino capaz de leer un diario, contemplar un programa de televisión o marcar un voto. Esto explica, además, por qué el antiamericanismo generalizado de la última década tenga referentes tan concretos e inmediatos como el episodio de Kyoto, el tratamiento de los detenidos en Guantánamo, la aceptación de uniones matrimoniales entre homosexuales, la negativa a formar parte de una corte criminal internacional, la aplicación de la pena capital en algunos de los Estados, la elocuencia del presidente Bush, el presunto “unilateralismo” de la política exterior estadounidense y, por supuesto, múltiples variaciones sobre el tema de la envidia, que inevitablemente siempre se han granjeado las grandes potencias. En esto último, los Estados Unidos están recibiendo la misma amable aceptación que en su tiempo recibieron Atenas, Roma, España, Austria, Francia, Gran Bretaña y todas las demás naciones que por buenas o malas razones han dominado o pretendido dominar el ámbito político internacio-

⁵ Se justifica llamarlo “mundial”, puesto que lo único que sobrevivió a la debacle fue el detritus cubano y coreano y, por supuesto, China, cuyo desmantelamiento del andamiaje marxista, leninista y maoísta asombra al mundo tanto como el entusiasmo con que la nueva China no sólo acoge capitales extranjeros sino que establece prósperas bolsas de comercio en las que se transan sus valores.

nal. Todo esto ha sido estudiado, redactado, charlado y recalentado *ad nauseam* y poco se le puede agregar.

Europa sólo ha estado unificada dos veces.

Hay, sin embargo, una nueva interpretación del problema, que algunos atribuyen nada menos que al canciller alemán Joska Fischer, quien habría argumentado privadamente que Europa sólo ha estado unificada dos veces: en el año 800, cuando Carlomagno fue coronado emperador del Sacro Imperio y la unión fue la respuesta a la amenaza de un Islam militante⁶; y durante la Guerra Fría, cuando el peligro comunista empujó a la Europa que sobrevivió a la primera embestida soviética a unirse, con el beneplácito entusiasta de los Estados Unidos y a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, para establecer un aparato militar capaz de defender sus fronteras en caso de ataque⁷. Según esta tesis, la idea de unir a las naciones europeas ha resultado tan atractiva y exitosa que sería una tragedia que se derrumbara como consecuencia inesperada del colapso comunista. Lo que Europa necesita ahora es un adversario convincente y lo ha encontrado en los Estados Unidos. Ergo, para ser un buen

europeo, hay que ser un buen antiamericano. *Si non e vero e ben trovato*.

Contrariamente, cuando el rechazo a todo lo que estuviera asociado con los Estados Unidos fue parte del bagaje ideológico de los partidos europeos de la izquierda proletaria, a lo largo de estos últimos años Europa occidental ha generado un antiamericanismo diversificado, que incluye una versión extraordinariamente original del fenómeno cultural percibido por primera vez en Nueva York por el escritor Tom Wolfe, quien lo denominó *radical chic*⁸. El vocablo clave no es *radical*, que en los Estados Unidos sólo se usa para describir posiciones de la extrema izquierda, sino *chic*. La decidora frase se refiere a la ahora famosa recepción ofrecida por el eminente músico Leonard Bernstein en su magnífico departamento con ventanales sobre el *Central Park* de Nueva York, a escogidas personalidades del mundo intelectual, financiero y político, incluyendo asimismo a un grupo de miembros activísimos del siniestro grupo terrorista denominado *Black Panthers*. La recepción fue un gran éxito. Los ágiles chicos expertos en asesinar policías a mansalva saborearon martinis y canapés de caviar beluga mientras presentaban sus inquietudes filosóficas a la embelesada concurrencia. La elegante tertulia puso de moda audaz y exquisita al

⁶ Por supuesto, ésta no es una percepción excesivamente original. Ver, Henri Pirenne, *Mohamed and Charlemagne*, Londres, George Allen and Unwin, 1939, pp 186-187, 210-211, 223-224 y 227-235.

⁷ El buen canciller –si es que el rumor es cierto– olvidó mencionar la unión europea que en la “batalla de las naciones”, tan ferozmente disputada en los suburbios de Leipzig enfrentó al desafío napoleónico con éxito impresionante, aunque no definitivo. Éste tuvo que esperar la decisión de Waterloo con la importante participación del duque de Wellington y sus tropas. Sin embargo, la tesis sobrevive aunque algo machucada por haber sido Francia la potencia indeseable.

⁸ Tom Wolfe, *Radical Chic and Mau-Mauting the Flak Catchers*, Nueva York, Bantam Books, 1970.

radical chic, y personalidades prominentes de la clase acomodada estadounidense competían por contar en sus *soirées* con la presencia de miembros de cuanto grupo de ululantes —que no escaseaban— andaba por ahí cometiendo fechorías.

La aceptación del fenómeno estadounidense podría llegar a conocerse como “chic antiamericanista”.

Según Tom Wolfe, los audaces neoyorquinos que sucumbieron al abrazo del *radical chic* creyeron percibir en sus pintorescos invitados revolucionarios una especie de primitivismo desafiante, exótico, romántico, vigoroso y preferiblemente muscular, cualidades muy distantes de aquellas normalmente asociadas con las clases altas de Bélgica, Alemania, Suecia, Francia e Italia. Pero los procesos culturales a veces toman direcciones imprevistas y es muy posible que la aceptación del fenómeno estadounidense por muchos miembros de las añosas aristocracias europeas ingrese a los anales de la historia de nuestro tiempo como “chic antiamericanista”, ahora de moda rabiosa en los círculos privilegiados de París, Florencia, Bruselas, Frankfurt y Heidelberg, no sólo entre los tontos útiles de la Guerra Fría, sino que entre gentes cultivadas y sensatas que durante medio siglo apoyaron sin vacilar a las democracias occidentales contra las pretensiones comunistas y que ahora amenizan sus veladas vilipendiando a los Estados Unidos, reme-

dando los desaciertos oratorios del presidente Bush, lamentando las tribulaciones de Yasser Arafat y acusando a Condoleezza Rice y Colin Powell de ser malas versiones modernas del Tío Tom.

UNA EXPLICACIÓN DEL ANTIAMERICANISMO

Para explicar este extraño fenómeno, no basta describir y analizar eventos contingentes. Se hace necesario buscar sus posibles causas en factores de larga duración, que quizás yacían latentes en aquellas sociedades y que sólo la oportunidad presentada por el fin de la Guerra Fría les ha permitido entrar en escena. De estos factores, me parece que tres de ellos no han recibido la atención que se merecen; a saber, la historia militar comparada de las naciones partes en el proceso; el antisemitismo latente dentro de las clases altas europeas, y finalmente, el avance generalizado —¿globalizado?— de la modernidad industrial, con la consiguiente destrucción de la comunidad tradicional y la formación de la primera clase trabajadora decididamente próspera en la historia del mundo.

Es interesante observar que las dos naciones occidentales cuyos ejércitos sin duda alguna ostentan los uniformes mejor diseñados y elegantes, la mejor música marcial, los cascos más sentadores, los desfiles más espléndidamente coreográficos, los monumentos militares más impresionantes y las crónicas más conmovedoras de hechos de armas pretéritos, no tengan una trayectoria militar acorde con estos importantes símbolos de la valorifi-

zación que sus respectivos pueblos asignan a la proeza militar⁹. Cabe preguntarse cuál fue la última guerra en que Alemania emergió victoriosa. Pues, en 1870, en la guerra librada contra Francia, cuando la secuela del desastre de Sedán fue que una gran cantidad de mulas, caballos, cañones, soldados, oficiales, generales y un emperador, cayeron en manos del canciller Bismarck y su Kaiser. La decisiva victoria invitó una repetición que nunca llegó, no obstante esfuerzos y sacrificios que no es posible trivializar. En cuanto a Francia, si se resiste la tentación de contar como victorias el sombrío *impasse* de Crimea, o la patética intervención en México (donde gran parte de la lucha recayó en la Legión Extranjera), pareciera que las últimas batallas claramente ganadas por las armas francesas (aun cuando bajo liderazgo corso) fueron Wagram en 1809, y Dresden, en 1813¹⁰. Para descubrir cuál fue la última vez que Francia resultó victoriosa en una guerra, hay que retroceder hasta la Paz de Nijmegen, en 1679, con Luis XIV aparentemente

vencedor, de acuerdo con la versión de los textos escolares. Es posible, sin embargo, cuestionar esta versión —¿a nivel graduado?— puesto que un resultado no previsto del conflicto fue la confirmación de Inglaterra como potencia naval de primera línea y la preparación de las desastrosas campañas francesas en las guerras de la Gran Alianza y la Sucesión Española. Durante 134 años, Alemania no ha podido celebrar una victoria militar duradera, mientras que los franceses ya llevan 324 años esperando. Ambas naciones han ganado muchas y muy gloriosas batallas, pero por buenas o malas razones han perdido las guerras y se han visto privadas por muchas generaciones precisamente de aquella gloria que evidentemente aprecian sobremedida.

**La última guerra en que Alemania
emergió victoriosa fue en 1870;
en el caso de Francia, hay que
retroceder a 1679.**

⁹ La importancia que Francia asigna a la empresa militar, cualesquiera sean sus resultados, parece reflejar bien en el magnífico Arco de Triunfo que domina una de las grandes avenidas del mundo moderno, inaugurado en 1836, apenas 21 años después de la catástrofe napoleónica en Waterloo. Es como si el gobierno japonés hubiera levantado un arco triunfal en Tokio, en 1966, para conmemorar la invasión de China y la capitulación de Singapur. Además, cabe preguntarse por qué se llama Arco de “triumfo”, puesto que las batallas que conmemoran marcan etapas en la ruta hacia una de las más sangrientas derrotas de la historia.

¹⁰ Magenta y Solferino no fueron exclusivamente victorias francesas, sino batallas de la guerra entre Austria y el reino de Cerdeña, en que las tropas francesas marcharon junto a importantes y entusiastas contingentes italianos que aseguraron el éxito de la campaña. Las bajas de Solferino reflejan en parte la magnitud de la contribución de los rebeldes locales. La derrota austríaca se logró a un costo de 15.000 bajas francesas y 5.000 italianos, mientras que los austríacos perdieron 25.000 hombres. Desde luego, Napoleón tuvo un papel importante en el conflicto, pero no es posible minimizar la contribución militar del formidable *risorgimento* italiano. Como dijera el rey del Piamonte cuando se le preguntó cómo se lograría la independencia, *Italia fara da se*, “Italia lo hará sola”, dijo. Obviamente una exageración, pero igualmente exagerado sería decir que las victorias de Magenta y Solferino pertenecen exclusivamente a Francia.

Las tragedias y penurias que, además de huérfanos y viudas, son la inevitable secuela de las derrotas militares, acarrear consecuencias que deben herir la conciencia colectiva de un pueblo en forma tan profunda y persistente como difícil de auscultar, y que con seguridad deja una fuerte carga de resentimiento. Esta clase de heridas tarda en cicatrizar y el proceso no se facilita cuando, por ejemplo, en dos guerras mundiales Francia se muestra incapaz de defenderse sin la ayuda decisiva de gran cantidad de soldados de habla inglesa. Peor aún, una vez solucionado el conflicto, los Estados Unidos echan sal a las heridas al inundar Europa occidental con el Plan Marshall de ayuda para la reconstrucción de las bases económicas de las naciones devastadas por el conflicto. Más aún, todos estos esfuerzos son coronados con la insolencia inaudita de mantener en Europa, durante más de medio siglo, y a pedido expreso de los europeos, cientos de miles de hombres armados y muy bien equipados, listos para defender a naciones evidentemente incapaces de asumir sus propias responsabilidades militares. Tales experiencias alimentan resentimientos profundos a través de toda la sociedad, pero especialmente en las capas altas, donde el aprecio por la proeza militar seguramente tiende a ser más intenso que, digamos, entre campesinos, estibadores o mineros del carbón. Pero son estos los grupos que cualesquiera sean sus reservas privadas, mejor apreciaron durante el enfrentamiento con la Unión Soviética la necesidad imperiosa de mantener la presencia militar esta-

dounidense en suelo europeo y no es sorprendente que, terminada la Guerra Fría, sean estos grupos los que con más vehemencia hayan sucumbido al abrazo del chic antiamericano.

**Las derrotas militares tienen
consecuencias que hieren
profundamente la conciencia
colectiva de los pueblos.**

Éstos han sido los únicos resentimientos cuya libre expresión pudo haber estado postergada y reprimida por las urgencias políticas impuestas por el enfrentamiento con el comunismo. Es una melancólica paradoja de nuestros tiempos que en las más exclusivas tertulias y salones de la vieja Europa, la popularidad del chic antiamericano (descendiente directo de la criatura nacida bajo el alero de Leonard Bernstein, cuyo apoyo al Estado de Israel era legendario), pueda estar ayudando a otorgar respetabilidad social y política a un antisemitismo que ha sobrevivido en estado latente en los círculos más elevados e influyentes de la sociedad europea. Hoy día no es necesario invocar la memoria del *Affaire Dreyfus*, menos aún revisar las medidas antisemitas adoptadas por el régimen de Vichy, o las iniciativas alemanas destinadas a resolver “el problema judío”, para conjeturar que el antisemitismo que ha aflorado estos últimos años en los estratos altos de la sociedad europea occidental, pero especialmente la francesa, estuvo latente durante todos

los años de la Guerra Fría¹¹. En esos años tales sentimientos fueron reprimidos, en parte por ser considerados intolerablemente ofensivos, y en parte porque la tarea principal era defenderse del comunismo tanto en Europa como en el Medio Oriente, y los campeones mejor armados y dispuestos a dar la lucha por la democracia occidental eran precisamente los Estados Unidos e Israel.

**Diversos pensadores
contribuyeron a establecer el
concepto de “comunidad”
para comprender el impacto
social de la revolución industrial.**

Con la desaparición del peligro comunista y la exacerbación de los conflictos en el Medio Oriente, el antisemitismo se ha sumado a la comparsa del chic antiamericano dentro de cuyas filas puede ventilarse sin temor de atraer el oprobio social. La versión más socorrida del antisemitismo revivido se basa en el falso dilema que presenta los problemas del Medio Oriente exclusivamente como un enfrentamiento entre Israel y los Estados Unidos, por un lado, y los palestinos e Islam, por el otro. Así es posible desahogarse de cuanto sentimiento antisemita se tenga sencillamente objetando con todo el vigor imaginable la presencia estadounidense en la región.

DE LAS COMUNIDADES TRADICIONALES A
LAS ASOCIACIONES MODERNAS

En sus primeros dos y medio siglos, la revolución industrial de los ingleses ha recreado el mundo en que vivimos imponiendo continuas transformaciones, entre las cuales quizás la más importante ha sido la transición de las comunidades tradicionales (*Gemeinschaft*) a las asociaciones modernas (*Gesellschaft*). Fueron los fundadores del estudio sistemático de la sociedad quienes primero observaron y establecieron la nomenclatura de esta gran transformación social. De Comte a Marx, Spencer y Durkheim; de Weber a Le Play y Tonnies, estos pensadores ayudaron a establecer el concepto de “comunidad” como elemento indispensable para comprender las complejidades del impacto social de la revolución industrial. La tesis es sencilla y convincente. Luego de varios milenios de vida humana organizada en sociedad, en que el principio rector de una buena estructura social era su resistencia al cambio, la revolución industrial impuso el cambio permanente como condición *sine qua non* de la prosperidad económica y el bienestar social. El cambio continuo viene de la aplicación tecnológica de avances científicos imposibles de detener o predecir, que a su vez imponen constantes recombinaciones del capital, tierra y trabajo –los factores de

¹¹ El auge del antisemitismo en Francia está abundantemente documentado. En marzo de 2003, M. Luc Ferry, el ministro de Educación, explicó que lo que describe como “la trivialización del antisemitismo” representaba un verdadero peligro público que se reflejaba en el extraordinario aumento en 2002 de los desmanes antisemitas, incluyendo ataques contra sinagogas. Ver también Jeffrey Mehlman, “Sad News from France: L’antisemitisme nouveau est arrivé ...”, *Contemporary French Civilization* 27, 2003:2.

producción clásicos. Este proceso exige un régimen de movilidad permanente que afecta a todos los factores de producción, pero a ninguno tan dramáticamente como al trabajo, en que la movilidad acarrea inevitablemente la atomización de la comunidad tradicional.

Para Marx, la comunidad tradicional simbolizaba los obstáculos al avance hacia una sociedad comunista.

Todo esto es sociología de primer año que, interpretada por Lenín, Stalin, Mao, Castro y Pol Pot, ha llevado a millones de seres humanos a la muerte y ha sido parte integral del ideario de izquierda hasta el colapso de la Unión Soviética. Según Marx la comunidad tradicional –*Gemeinschaft*– no era el ámbito idílico imaginado por el nostálgico sentimentalismo decimonónico, sino un símbolo ejemplarizador de los obstáculos que la superstición, el oscurantismo y los efectos y lealtades irracionales podían poner en la ruta del progreso inevitable hacia la construcción de una sociedad comunista. Escribiendo acerca del cambio social en la India, explicó que, “no debemos olvidar que estas idílicas comunidades pueblerinas... imponían limitaciones insuperables a la mente humana, reduciéndola a ser la dócil herramienta de la superstición y esclavizándola bajo prácticas

tradicionales...”¹². Aplaudiendo la revolución burguesa que había transformado la sociedad europea a partir del siglo dieciséis afirmó que, “...liberó el espíritu político hasta entonces disipado, fragmentado, y extraviado en los muchos callejones sin salida de la sociedad feudal”¹³. Este detritus feudal, que obstaculizaba la marcha de la historia, incluía, según Marx, toda forma de afecto a la familia, a la localidad y a la región, así como el apego a las vocaciones artesanales y las lealtades hereditarias a formas de trabajo, los gremios tradicionales y la fe religiosa. Vale recordar que fue este vigoroso rechazo a todo lo que derivara autoridad o vigencia de usos tradicionales lo que formó la base teórica para la entusiasta aprobación que Marx le otorgó a la Revolución francesa, como la “escoba gigante” que había barrido con toda esta basura tradicional y comunitaria.

Durante las tenebrosas décadas de la Guerra Fría, sólo los conservadores europeos aceptaron la onerosa responsabilidad de defender los valores e instituciones santificados por la tradición, mientras que la izquierda, y muy especialmente la *intelligentsia* continuaron entonando “La Internacional” y marchando disciplinadamente al compás de los lineamientos universitarios de Marx. Vale la pena señalar que el título del himno de batalla del comunismo no fue escogido al azar, sino que reflejó deliberadamente un internacionalismo homogeneizante. Es

¹² Lewis C. Feuer (ed.), *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy*, Nueva York, Doubleday-Anchor, 1959, p. 480 (Traducción libre del autor del artículo).

¹³ Karl Marx, “The Jewish Question”, *Karl Marx: early Writings*, T.B. Bottomore (ed.), Nueva York, Mc Graw-Hill, 1964, p. 28 y ss. (Traducción libre del autor del artículo).

posible que si la tarea de encontrar un nombre hubiera quedado en manos de un comité, el himno revolucionario habría pasado a la historia como “El Globalista”.

EL FIN DE UN SISTEMA

Pero las cosas han cambiado desde el derrumbe de la Unión Soviética y el descrédito del andamiaje teórico marxista. Desde luego, no han escaseado las reconsideraciones y realineamientos, pero pocos quizás ninguno, tan asombroso como el que ha llevado a la cohabitación de los devotos del chic antiamericano, por definición exquisitamente bien acomodados, conservadores y entusiastas protectores de castillos en ruinas, bosques milenarios, lenguajes exóticos, tribus ignotas, costumbres centenarias, tradiciones pueblerinas y lealtades regionales, con los mismos intelectuales que pocos años antes marchaban de sandalias y pelo largo por las calles de París, Roma y Estocolmo defendiendo los heroicos esfuerzos de Mao y Pol Pot por eliminar tradiciones pueblerinas, costumbres centenarias, tribus ignotas, lenguajes exóticos, afectos familiares, lealtades regionales y todo el resto de la basura reaccionaria que impedía la pronta marcha de la historia hacia su consumación marxista-leninista y, por supuesto, asesinar a cuantos se opusieran a tan refrescante proyecto. Estos mismos intelectuales están ahora descubriendo el encanto terapéutico de la vida pueblerina, el gozo sutil pero muy real de andar por esos bosques abrazando árboles, las delicias de la cocina regional y los colegios

privados, el misterioso atractivo de viejas y ruinosas mansiones, la belleza de la música antigua y la enaltecida satisfacción de contar a M. Chirac como compañero de ruta.

Los intelectuales que atacaban lo que impedía consumir el ideal marxista-leninista hoy abrazan el modelo imperante.

Lo que juntó a estos dos grupos fueron sus robustos antiamericanismos, sea ya el residuo de los odios habituales del último medio siglo, o la consecuencia del fin de la Guerra Fría y décadas de silencio y aceptación obligatorios impuestos por sus requerimientos militares. Estaban juntos, pero no unidos, y la argamasa necesaria para cohesionarlos resultó de la existencia en el mundo de habla inglesa de la primera clase trabajadora realmente próspera y consciente de su prosperidad en la historia de la humanidad. Esta clase, que de proletaria no tiene nada, es tan próspera y numerosa que sus preferencias y aspiraciones han influenciado el diseño, producción y distribución de incontables productos, artefactos, hábitos sociales, vestimentas, estilos musicales y gastronómicos que contemplados por primera vez desde las vetustas torres aristocráticas de la vieja Europa fueron inmediatamente descalificados por su evidente y abrumador mal gusto y vulgaridad —en el sentido etimológicamente correcto del vocablo— pero sin embargo tuvieron que ser tolerados durante el medio

siglo de la Guerra Fría por ser las criaturas culturales de quienes estaban dispuestos tanto a luchar contra la ofensiva soviética como a financiar la reconstrucción de las economías europeas. Hay quienes han descrito a esta enorme masa de productores y comunicadores de mal gusto como “nuevos ricos”, pero mientras los lamentables *nouveaux riches* decimonónicos estaban aprisionados dentro de una cultura en la cual no tenían más destino que el de ineptos y risibles imitadores, la gran masa popular de los Estados Unidos no admite categorías dignas de imitación y ha protagonizado una verdadera orgía de creatividad, cuyos resultados han pasado a ser parte principal de la avalancha de productos y hábitos de consumo cuya difusión universal la ha integrado a la cultura popular de las grandes poblaciones consumidoras del mundo. Ha sido como enemigos de este proceso de aculturación que tanto los adalides del chic antiamericano como los veteranos de la Guerra Fría, aun cuando por rutas diferentes, han llegado juntos a percatarse que además de todas las razones bosquejadas anteriormente, hay una que las incluye a todas, y ésta es la responsabilidad estadounidense por el avance de la modernidad indus-

trial y el resultante auge del consumismo, la destrucción de la comunidad tradicional, la difusión de los productos de Hollywood, la irresponsabilidad con que se alienta la movilidad social indiscriminada y, peor, la globalización de todo esto.

La masa popular de Estados Unidos no admite categorías dignas de imitación.

Finalmente, cabe preguntarse cuál es la importancia práctica de fenómenos políticos y culturales como el chic antiamericano ahora tan de moda en Europa, cuando se trata de dirigir la política exterior de una nación. A mi juicio, si se acepta que el antiamericanismo es más falacia antropomórfica que metáfora, difícilmente puede pensarse que es demasiado importante. Basta imaginar lo que ocurriría con el antiamericanismo francés si la semana próxima Francia definiera sus intereses nacionales, enviara tropas y ayuda financiera a Iraq e invitara al presidente Bush a visitar París. La única respuesta posible es que no ocurriría nada demasiado importante; quizás una que otra protesta callejera, pero no mucho más.